

Caixa**Pro**infancia

*Conversaciones
en el patio
del cole*



Fundación "la Caixa"

Santi y Pablo, 14 años.

Santi y Pablo están hablando en un rincón.



Santi: ¿Sabes que han expulsado definitivamente a Dani?

Pablo: Buff, se lo estaba buscando. Hace tiempo que la lía. Me sabe mal, me da pena dejarlo de ver porque en el fondo es buen chaval. Ya la lio la semana pasada y lo castigaron un jueves, también la había liado hace dos semanas grafitando las paredes de la sala de informática y ahora ha organizado pelea al salir del cole... Lleva años advertido de que si sigue así lo expulsarán para siempre y, tío, ha llegado su hora...

Santi: Ya, tío, pero tú ya sabes por lo que está pasando, solo le falta que lo expulsen, su padre sin trabajo y con problemas gordos con el *drinking* y la madre con depresión desde hace años...

Pablo: Ya ves, un cuadro, Santi. Su novia está hecha caldo, la he visto llorando con sus amigas en el WC del cole; bueno, lloraban todas, y Marcos, su mejor amigo, está supertriste, eran uña y carne.

Santi: He pensado que hablaré con mi padre esta noche. Él conoce a gente tipo terapeutas o psicólogos que pueden ayudarlo. En el fondo es buena gente, pero tiene tanta rabia y mala leche que cuando se enfada se le va la cabeza.

Pablo: Tío, es imposible cambiarle, este acaba en la trena fijo.

Santi: Yo lo voy a intentar, hablaré con mi padre esta noche...



Sabemos que la expulsión todavía es un método utilizado en las escuelas, sabemos que el castigo es otro método utilizado en casa y, aunque la voluntad siempre es que la persona mejore su actitud, ya sabemos por la neuroeducación que estamos incidiendo en perpetuar su conducta, grabando a fuego su estigma de "niño/a malo/a".

Sabemos que la expulsión o el castigo de un niño/a o adolescente solo logra perpetuar su situación de **confusión y desamparo**, porque le estamos diciendo "no te quiero en la escuela", que él/ella interpreta como "no te quiero como persona".

¿Y qué emociones se desencadenan cuando no nos sentimos queridos?

Soledad, tristeza, rabia, miedo, inseguridad... Cada una de estas emociones baja nuestros niveles de endorfinas haciéndonos más vulnerables, bloqueando el aprendizaje y obstaculizando las interacciones positivas con los demás.

En las conclusiones sobre el estudio de la felicidad humana de Robert Waldinger, se apunta que sentirnos queridos y tener buenas relaciones humanas es lo que más felices nos hace; por eso, este tipo de actuaciones educativas no ayudarán a generar bienestar, ni a las personas que no han tenido un buen comportamiento, ni a las personas que están educando, sino que dejan bajo mínimos los niveles de motivación, autoestima y seguridad.

A menudo, **confundimos los castigos con la firmeza, cuando son bien diferentes.**

_ La FIRMEZA en educación es clave porque proporciona parámetros de seguridad que nos ayudan a aprender qué se puede o no se puede hacer y, sobre todo, qué es lo que daña o no a la otra persona.

_ Enseñar empatía, enseñar a no dañar y hacer la vida agradable a la persona que tengo al lado es crucial para construir un mundo más compasivo, cooperativo y bondadoso.

¿Pero **cómo podemos abordar estas situaciones** de mal comportamiento reiterado como educadores?



1.

Mantener la calma:

Es imposible gestionar bien una actuación educativa si el/la educador/a no está tranquilo y conectado con sus emociones y con el objetivo que quiere conseguir.

Pregúntate: ¿estoy tranquilo/a?

Si la respuesta es sí, adelante; si es no, espera a calmarte.



2.

Tener un tiempo en exclusiva con la persona:

Encuentra un espacio y un tiempo para la conversación. Debe ser un tiempo de calidad, sin prisas.

Caixa**Pro**infancia



Fundación "la Caixa"